

(519 58.)

El Mártir de Gerona.

Vinces.

En las riberas fértiles de un río
que con bellas guirnaldas orla el nombre,
existe una ciudad de esfuerzo y brío
que de antiguo alcanzó' prez y renombre
ya humillando al idólatra, al impío,
ya venciendo un coloso que no un hombre.
Sus timbres y blasones, su corona,
por inmortal la aclaman: es Gerona.

Hoy la mira solícito viajero
como estatua en mal hora derribada
de hermoso pedestal por golpe fiero,
por terrible huracán, por mano osada.
En su semblante brillan cual lucero
los rayos de su gloria inmaculada,
las palmas y laureles de Numancia,
el valor, la nobleza, la constancia.



Cantar quisiera con robusto tono,
con dulces ecos de armoniosa lira,
el bélico ardimiento y bravo encono
que enaltece la historia, el orbe admira.
Empresa temeraria que abandono
por otra celestial que al alma inspira
virtud y santidad si desfallece,
esperanza de un bien que no perece.

Con intenso dolor, pena profunda,
ve Gerona á su iglesia perseguida
y al par que el llanto su recinto inunda
raudal de sangre sin piedad vertida.
Del tirano la bárbara coyunda
cubre de luto el cielo de su vida
y arrebató en sus plácidos albores
las más preciosas y fragantes flores.

Por decreto imperial el cruel Rufino
un plan más vasto de esterminio emprende
contra la grey cristiana que el Dios Orino
al capitolio sublimar pretende.

Es vano su furor: en su camino
el cristianismo rápido se extiende
y, aunque es ruda la lid, florece y medra
como en el árbol trepadora yedra.

La voz potente de un obispo santo
que amor y caridad do quier predica;
que siendo del gentil terror y espanto,
al débil en sus creencias fortifica;
que muestra á sus ovejas con encanto
la mano del Señor en dones rica...;
patentiza al Prefecto de improviso
que el incansable apóstol... es Narciso?

La fama de sus triunfos en Augusta
le transforma á sus ojos en Atlante;
la sombra de su báculo le asusta;
teme la luz que irradia su semblante.
Cuanto en redor se agita le disgusta;
la muerte á su venganza no es bastante...;
por esto en su rencor, en su delirio,
al buen Pastor prepara atroz martirio.

De ocultos asesinos turba aleve
impaciente se muestra, sólo sueña
lanzarse sin temor cual flecha leve
contra el prelado que el error domeña.
Con tal afán de presa el buitre mueve
sus crueles garras en desierta peña,
sintiendo de su saña al fiero alarde
que un instante la víctima retarde.

Menguado confidente ¡oh Dios! divisa
en sagrado confín su aspecto blando,
incruento sacrificio de la misa
con su diácono Félix celebrando.
El rayo deja atrás; la nueva avisa;
acuden en tropel los de su bando
y en horrible hecatombe ¡suerte avara!
sucumbe San Narciso al pié del ara.

Tres mortales heridas han abierto
carrera triunfal á su alma pura,
sin que logren borrar del rostro yerto
la majestad, la paz y la dulzura.

El soplo de la vida vaga incierto
en torno de su blanca vestidura
y su cuerpo incorrupto, suave, pulcro,
glorioso permanece en el sepulcro.

Sin tí, Pastor amado, las ovejas,
sumidas en amargo desconsuelo,
perecerán, si miserar las dejas
antes que el iris apacigue el cielo.
Orillas del Onyar, oid sus quejas,
cubrid de flores cárdenas el suelo
y á la patria tejed con ánsia viva
coronas de ciprés y siempreviva.

Mas no perecerán: el brazo fuerte
del Mártir de Gerona venerable
libra á su grey de servidumbre y muerte
y le depara gloria perdurable.
Si á su sombra amenaza infausta suerte
ó estrépito de hueste formidable,
obra un milagro y huyen de su vista
como en alas del viento leve arista.

Soor al santo obispo, claro ejemplo
de sublimes virtudes, firme escudo
del Principado que de amor un templo
en cada corazon levanta mudo.

Bendito el pueblo que á tus pies contemplo
sin que apague su fe cierzo sañudo;
Bendita esta ciudad que siempre quiso
á su invicto Patrono San Narciso.